

ROMA·VICTRIX



Estacioné en el Área de Autocaravanas del Tivoli y enfrente, cruzando una pasarela sobre el río, había un apeadero de tren que llevaba a Roma. Me sedujo la posibilidad de llegar a Roma en tren, lo que me permitiría gozar por un instante de una vida normal, no la de un turista.

Siempre me han gustado las estaciones de tren, ese ambiente particular de separación y reencuentros, personas con su equipajes y esos destinos lejanos, algunos envidiables, indicados en

los paneles.

Después de tres semanas de viaje solitario, tranquilo y en silencio, la cacofonía de la estación de Termini me aturdió pero me entusiasmó por la sonoridad del acento italiano en las voces de la megafonía o las conversaciones en ese italiano vibrante, cantarín y acentuado.

Sobre Roma el sol caía inclemente, el calor era abrasador y su luz cegadora. El sol salía entre las



montañas del Este e iluminaba la ciudad con un cielo de fuego. Con una realidad que sobrepasaba cualquier ilusión Roma se abrió ante mis ojos con imágenes maravillosas mostrándose bella, bulliciosa reinando por sus calles y plazas un ambiente festivo.

Los viejos sentimientos estaban allí, la ansiedad y también cierta euforia. Llevado por las riadas humanas, los colores y los olores, la ciudad me arrastraba, me guiaba en sus torbellinos de



misterios, que además de dejarme embrujar y anonadar, también hacía que permaneciese en mi ánimo esa sensación real y de auténtica grandiosidad que planeaba sobre toda la urbe.

Era una ciudad que parecía haber vivido varias vidas, e incluso en su modernidad, emanaba por todas partes ese perfume de eternidad donde más de 2000 años de historia ha dejado en esta ciudad sus huellas. Las ruinas romanas se codeaban con





rincones en un deseo de escudriñar la ciudad hasta en sus secretos más íntimos, es de esas ciudades que, aunque se visiten varias veces, siempre sorprenderán. El triunfo del sol en los templos y en los palacios, en los puentes y en las plazas con sus fuentes iridiscentes.

Los rayos de sol caían sin clemencia y el calor resultaría insoportable en cualquier otro lugar... excepto en Roma. Caminaba con dificultad, con las piernas castigadas y derrengado, flanqueado por Marte, Juno y Minerva, la triada sagrada que me



adormilaba mecido al lento traqueteo del ferrocarril que atravesaba los campos. Por las noches caía en un sueño pesado, ininterrumpido. Y me despertaba con el recuerdo vivo de los colores, los olores y los lugares que había visitado.

Y último día el alba era una pincelada en la distancia cuando emprendí el viaje de regreso llevándome en el corazón la hermosa, palpitante y vibrante Italia.

edificios renacentistas y plazas con sus fuentes barrocas color turquesa.

A lo largo de los siglos, los señores de Roma, emperadores, papas o príncipes han estampado su sello personal en la ciudad y le dieron el semblante que aún hoy constituye su encanto y donde cada perspectiva, cada rincón cambiaba por completo con el trascurso de las horas.

Roma siempre será la tentación constante de volver a ella para perderse por sus maravillosos



daba ímpetu, aliento y entusiasmo en las mil vueltas que le di a la ciudad durante varios días.

A la noche la luna me miraba resplandeciente en lo alto de un cielo estrellado y con un dolor intenso en los pies, convertido en una piltrafa, agotado por la jornada regresaba arrastrando los pies a la estación de Termini.

Y cuando todo este torbellino de belleza dejaba descansar por unos instantes mis pupilas me



5 – ROMA: el Capitolio; la Piazza Venezia; el teatro Marcelo; el Foro Romano; el Palatino; el Coliseo; el Arco de Constantino; Foros Imperiales; en los barrios del Campo de Marte de la antigüedad: la Piazza Navona, el Campo dei Fiori, Piazza della Rotonda y el Panteón.

EL CAPITOLIO



El día había vuelto a amanecer despejado, el sol todavía estaba bajo en el horizonte pero la temperatura había empezado a subir. Sería otro día abrasador.

La visita la comencé en el Capitolio, en la cima de la colina más legendaria de las siete que posee la capital, que a pesar de ser la más pequeña llegó a ser el centro político y religioso de la ciudad en la antigüedad clásica. Unas rocas inaccesibles la aislaban y por ello era muy adecuada como fortaleza.

El Capitolio se orientaba hacia el Foro Romano y sobre la colina se alzaba el templo de los dioses supremos de la ciudad, Júpiter, Juno y Minerva y también la famosa roca Tarpeya desde la cual se lanzaba a los condenados al vacío. El Capitolio ha sido el punto central de la ciudad durante todos los siglos y el Papa Paulo III encargó en 1536 a Miguel Ángel la transformación de la plaza. Su concepción de la Piazza con los palacios y la majestuosa escalera permitió al Capitolio conservar la dignidad que le correspondía como símbolo del centro del mundo.



La plaza aparecía dominada desde el centro por el monumento ecuestre del emperador Marco Aurelio. Actualmente aquí se encuentran dos de los museos más importantes de Roma y el centro político de la actual Roma, el Ayuntamiento.

La plaza, ante los palacios, me pareció impresionante, cerrada por los edificios y la escalera desde cuya terraza me deleitaba con cuanto me rodeaba.



LA PIAZZA VENEZIA



La estridente Piazza Venezia, con sus atascos y las bocinas de los coches, es uno de los nudos de comunicación de la ciudad y está dominada por el enorme monumento a Vittorio Emanuele II. Conocido popularmente como “máquina de escribir” o “tarta nupcial” se erigió en 1881, en un mármol resplandeciente, para celebrar la unificación de Italia bajo su liderazgo (aunque realmente fue Garibaldi líder y general de los ejércitos de camisas rojas que derrotó sucesivamente a las ciudades estado y al reino de Nápoles en los que históricamente se encontraba repartido el poder en Italia). En este lugar también se encuentra el altar de la patria y la tumba del soldado desconocido.





EL TEATRO MARCELO



El Teatro de Marcelo construido hacia el año 13 a.c. por Augusto. Con una altura de 33 metros tenía capacidad para casi 15.000 espectadores. Actualmente solo se conservan las dos plantas inferiores de arcadas y columnas. En el siglo XIII se utilizó el teatro como fortaleza y en el siglo XVI se erigió sobre las ruinas un palacio que en 1712 pasó a ser propiedad de la familia Orsini. Delante del teatro se hallaban las columnas de un templo dedicado a Apolo.





EL FORO ROMANO



Una vez pasada la Piazza del Capitolio, barrera entre la ciudad viva y los silenciosos vestigios del pasado, aparecía desde las alturas una panorámica magnífica de una zona repleta de ruinas de todo tipo y de todas las épocas. Este lugar me parecía un milagro de cómo se ha podido mantener durante tanto tiempo el centro de la ciudad antigua libre de casas o edificaciones más modernas que estropeen el conjunto.

Después de bajar las escaleras que conducían al conjunto arqueológico, allí donde los muros recordaban a la antigua Roma y cuyos restos asistieron impotentes al desmoronamiento de toda una civilización, cerré los ojos, acaricé las piedras y el mundo se redujo al éxtasis de sentirme absorto en aquella atmosfera sin tiempo que parecía conservar el aroma inconfundible que solo son capaces de otorgar los milenios.





Como una vetusta reliquia de restos de una civilización fundidos con el paisaje urbano se mezclaban en armonía las zonas arqueológicas romanas con añadidos de antiguas iglesias con una arquitectura medieval, renacentista o barroca.

Recorriendo la vía Sacra, de empedrado irregular y desgastado, estaba pisando veinte siglos de historia grabados en la piedra y el lugar donde Roma se instituyó como motor político y cultural que ha impulsado la historia cultural europea.

Mis pies tocaban la vía más prestigiosa del mundo antiguo por la que los emperadores triunfantes se dirigían a la colina del Capitolio para honrar a Júpiter, padre de los dioses.



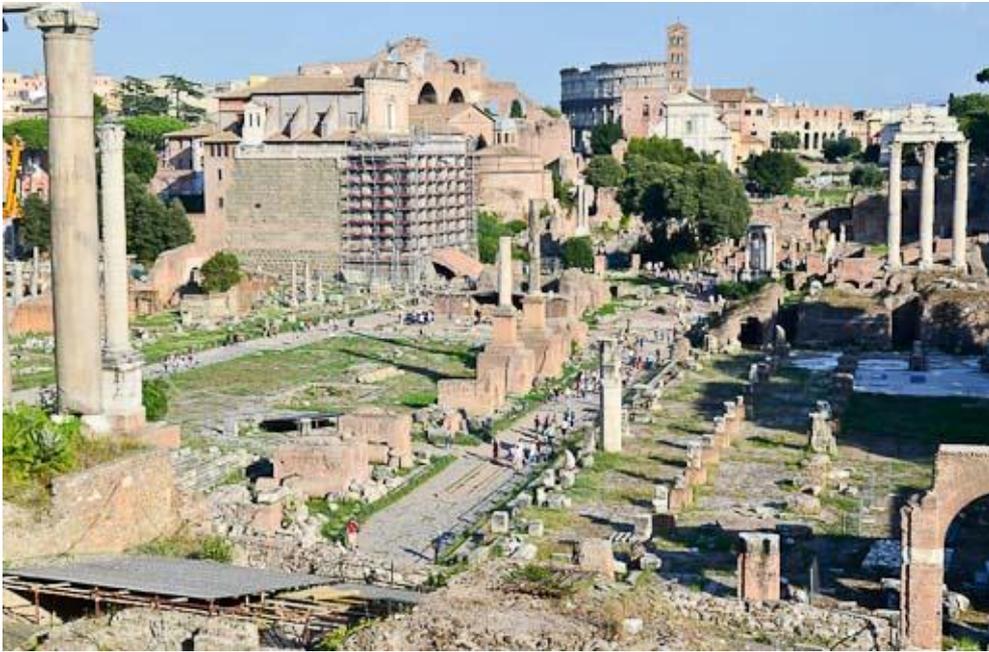


A mí alrededor se erigían los restos de templos, columnas que se elevaban al cielo azul, edificios colosales que aún en su decadencia dejaban mostrar la grandiosidad de su obra. El templo de Vespasiano y Tito, el templo de Saturno, el templo de Castor y Polux, el templo de las vírgenes Vestales con sus graciosas esculturas o la enorme basílica de Majencio.

Los arcos de triunfo de Séptimo Severo y de Tito recordaban los desfiles triunfales de sus protagonistas. Tito, conquistador de Jerusalén y destructor del templo del que solo dejó un lienzo “el muro de las lamentaciones”, recorrió esta vía trasladando como trofeo el famoso tesoro de Salomón. Con el advenimiento del cristianismo, el Foro Romano se convirtió en lugar de culto para los primeros cristianos que allí edificaron las primeras iglesias sobre los ritos paganos.

El día era luminoso y caluroso. Siguiendo la vía Sacra aparecían numerosas fuentes de agua fresca y sabor de manantial ¿fuentes de las que bebieron los antiguos romanos?

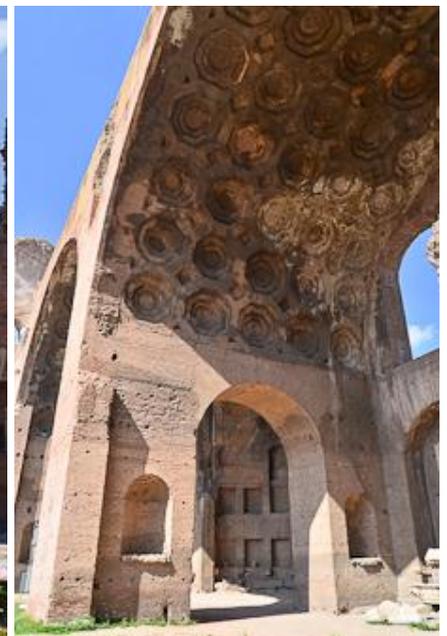
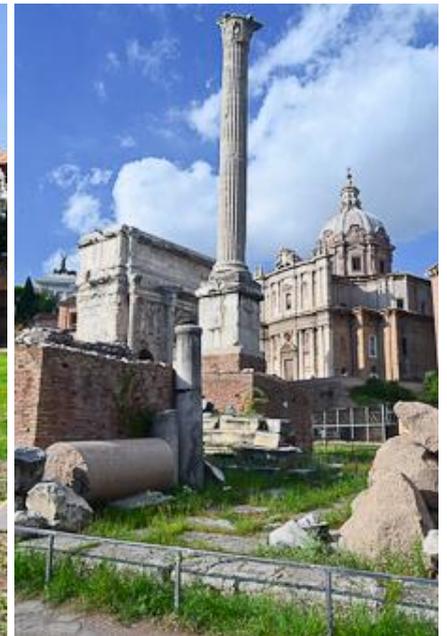


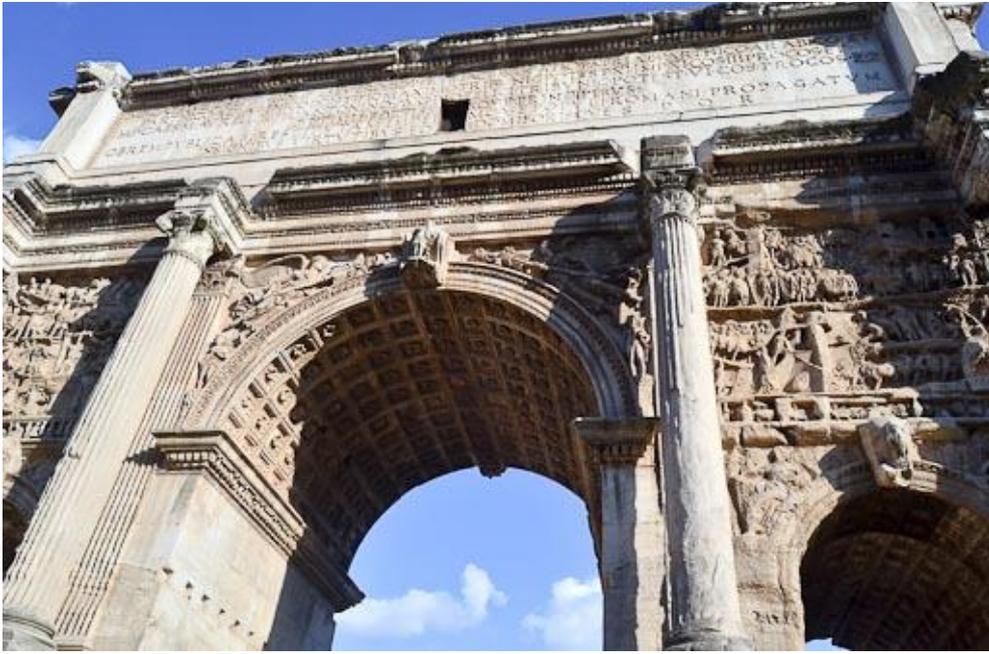
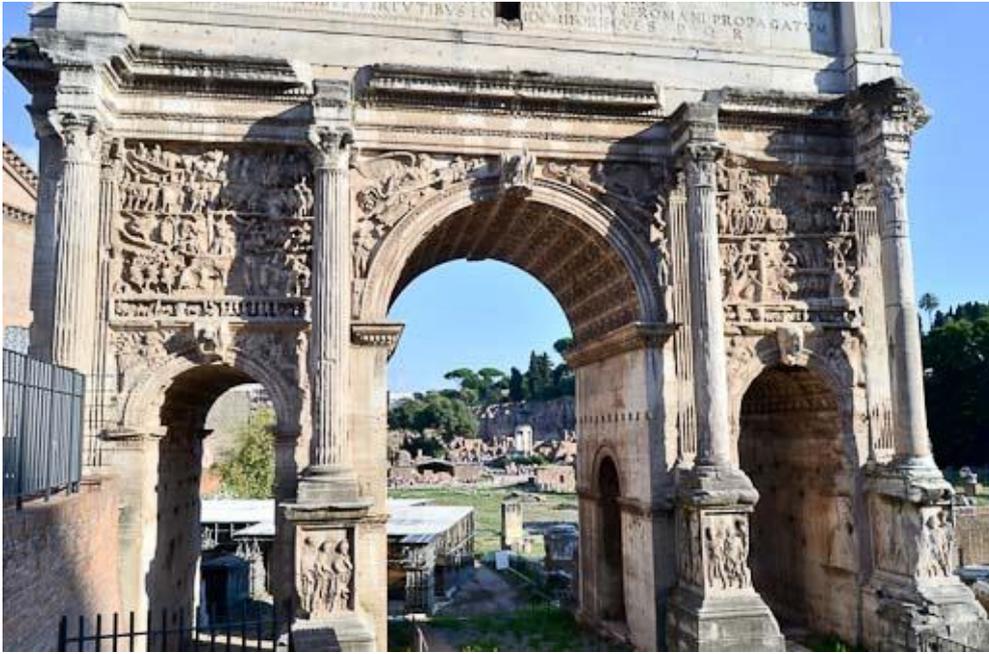
















EL PALATINO



La tarde iba transcurriendo y el sol caía sobre Roma desde un cielo despejado. Desde el Foro Romano una ligera pendiente, la calle clásica de “Clivus Palatinus”, subía a la colina del Palatino. Era agradable caminar en ese deleitable entorno, envuelto por el silencio de las ruinas antiguas y el olor de los pinos que colmaban el lugar, al tiempo que contemplaba el perfil de la ciudad.

Era un sitio con una hermosa y privilegiada vista de los Foros, el Coliseo y una parte de Roma rodeado de un oasis con mucha vegetación de típicos pinos mediterráneos que trasformaban el lugar en uno de los más evocadores y románticos de Roma. La estampa del Palatino quedaba completada por las desmochadas ruinas que aún trasmitian una impresión clara del antiguo esplendor del conjunto y en la que, como en una dimensión paralela y un retorno al pasado, se podía reconstruir el tipo de vida que allí se llevaba.





La colina del Palatino se encontraba en el centro de las siete colinas de Roma y fue aquí donde se establecieron los primeros conquistadores griegos. También la mitología romana cuenta que aquí quedó varada la cesta que, arrastrada por una crecida del Tiber, llevaba en su interior a los gemelos fundadores de Roma, Rómulo y Remo.

Durante la República la colina se convirtió en el lugar de residencia preferida de la clase alta y en los años imperiales el Palatino se convirtió en la residencia de los emperadores. Uno tras otro crearon los palacios de Tiberio, Nerón, los Flavios y Séptimo Severo, que al ir creciendo acabaron uniéndose en un complejo de edificios que parecían un solo palacio imperial. El término “palacio” procede de Palatino.





Sucesivamente y casi sin interrupción aparecían la Domus Flavia, la Casa de Livia, la casa de Augusto, la Domus Augustana o el estadio de Domiciano. El conjunto de ruinas y jardines era como un pequeño islote romántico desde el que mirando hacia el Coliseo, sin ningún edificio moderno a la vista, era fácil sentirse transportado a la época imperial.

Era casi el atardecer de un día lleno de luz y el sol estaba rozando el horizonte iluminando con color de fuego el perfil del Palatino y el Coliseo. Había sido un día perfecto.









EL COLISEO



El coliseo, por muy conocido y deseado, no deja de ser la culminación de la sorpresa del visitante. Como en aquella Roma cosmopolita, la primera ciudad en alcanzar el millón de habitantes venidos de todas las partes del Imperio, con sus costumbres, vestimentas o religiones actualmente el Coliseo sigue dando la impresión de ser capaz de tragarse la totalidad del mundo.

Turistas de todos los países y razas hacían cola para el ingreso, multitudes de personas que una vez en el interior del enorme complejo... desaparecían y solo destacaban pequeños puntos de colores entre el matiz monocromo del edificio.





El emperador Vespasiano era un general sin vínculo dinástico ni perteneciente a la nobleza romana. Iniciaba su propia dinastía “Flavia” y necesitaba ganarse al pueblo, al ejército y a los pretorianos y comenzó en el año 72 d.c. la construcción del anfiteatro más grande del mundo romano.

Su construcción elíptica mide 188 metros en su eje longitudinal y 156 metros en el transversal y en un principio constaba de tres plantas de 80 arcadas con columnas adosadas de estilo griego, dóricas, jónicas y corintias. Lo inauguró en el año 80 d.c (se edificó en 8 años) su hijo Tito, el conquistador de Jerusalén y cuyo tesoro de Salomón sirvió para sufragar este edificio, pagar a las legiones y comprar el apoyo de los pretorianos. De esta forma aseguró el futuro de la dinastía Flavia.

A la muerte del emperador Tito subió al poder su hermano loco Domiciano. Este aumentó la altura del Coliseo en otro piso más, la cuarta planta, la que no tiene galería. A esta planta se le añadieron las estructuras que permitían desplegar los toldos para la sombra. También realizó los fosos para que fieras o gladiadores realizaran una entrada espectacular. Estos fosos inutilizaron la función primaria de llenar de agua el anfiteatro para realizar batallas navales. La altura total del Coliseo llegó a los 50 metros y su aforo se baraja entre 50.000 y 70.000 personas.

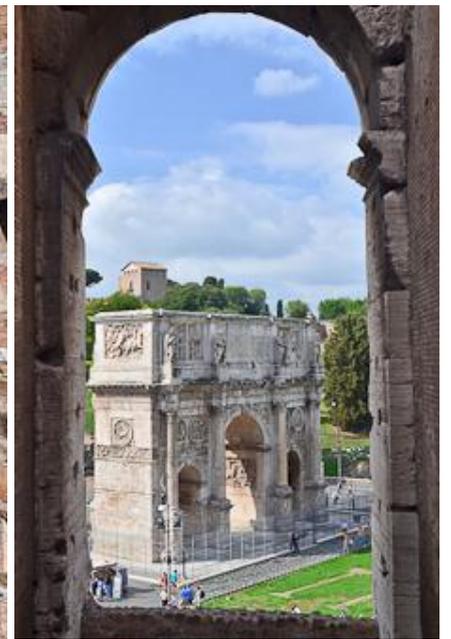
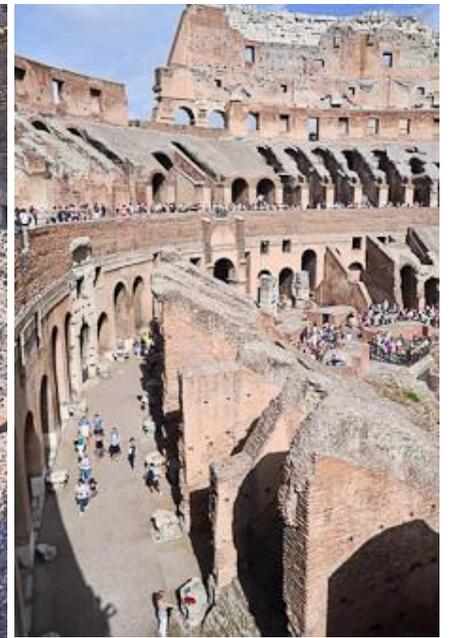
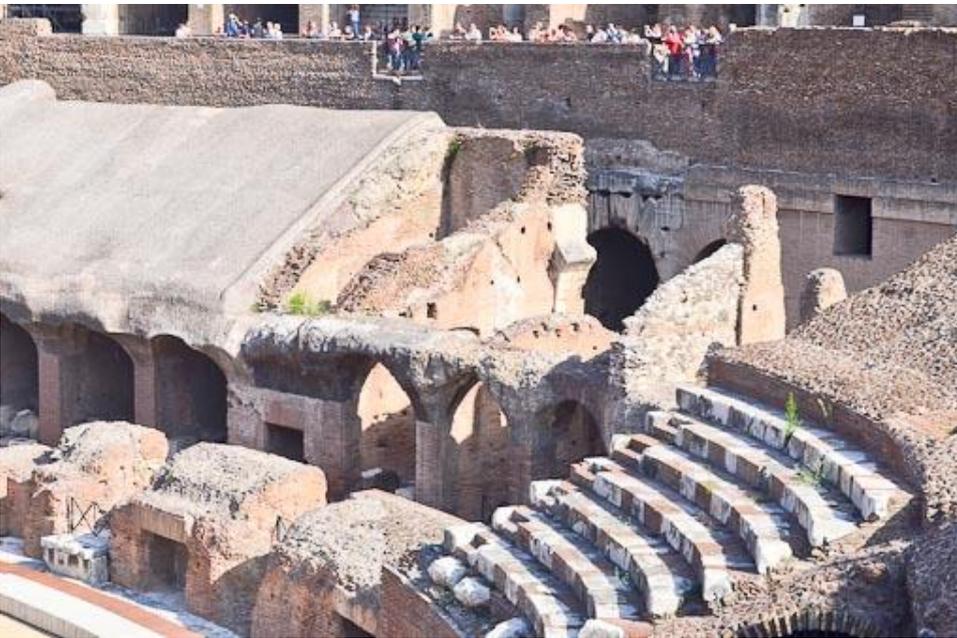




Hasta el año 523 d.c la necesidad del pueblo romano de “panem et circenses” se acalló en la arena, siendo los últimos juegos conocidos celebrados en la época del rey ostrogodo Teodorico. Durante la edad media el Coliseo quedó abandonado y la familia frangipani, perteneciente a la nobleza romana, lo transformó en una fortificación y después, como muchas otras obras clásicas, sirvió sobre todo de cantera. Sus piedras y mármoles levantaron la basílica de San Pedro. Un terremoto derrumbo parte del lienzo exterior, la acción de una Roma en transformación y el paso del tiempo lo sumieron en un estado de ruina y desolación.

Accedí al interior, como los antiguos romanos, a través de un sofisticado sistema de corredores de circulación cubiertos por bóvedas de cañón de los que partían escaleras y rampas radiales que facilitaban el acceso a las gradas y, una vez allí, a las filas de asientos. El lugar, pareciendo una confusa y penosa ruina, daba sensación de inmensidad, grandiosidad y cierta impresión de familiaridad con los actuales estadios deportivos y espectáculos. Construidos siguiendo el mismo esquema desarrollado por los arquitectos romanos.













EL ARCO DE CONSTANTINO



Situado entre el Palatino y el Coliseo se alza, como queriendo dar la bienvenida a los turistas, el arco de Constantino. Este monumento triunfal se levanta en la vía Triumphalis, calle por la que pasó el desfile triunfal que conmemoró la victoria de Constantino sobre el emperador Majencio en el 312 d.c., (hecho crucial para el cristianismo ya que Constantino agradeció esta victoria al dios de los Cristianos). El arco de Constantino, con casi 25 metros de altura, 25 metros de ancho y 7,4 de profundidad es el monumento triunfal más grande y mejor conservado de Roma.

En aquella época Roma había cedido su antigua posición privilegiada de capital del Imperio a favor de Constantinopla. Los talleres de obras y artistas habían seguido a Constantino a la nueva capital y como consecuencia este magnífico arco no es una creación nueva completa. La mayor parte de sus relieves se extrajeron de obras más antiguas de la época de Trajano, Adriano y Marco Aurelio. Incluso es posible que este arco se levantase sobre uno anterior dedicado al emperador Adriano.



LOS FOROS IMPERIALES



Cuando a finales de la República, Roma se convirtió en la potencia líder del Mediterráneo el antiguo Foro Romano dejó de ser suficiente para llevar a cabo las tareas de representación y administración. En el año 54 a.c. César comenzó la construcción de una nueva plaza y en las décadas siguientes se crearon el foro de Augusto, el foro de Nerva y el más grande de todos, el foro de Trajano. Y con ello se creó un poderoso complejo de edificios públicos que albergaba el centro del poder político, administrativo, judicial y económico de la ciudad.

Con la decadencia de Roma, los foros imperiales cayeron en el olvido y ocultos por las edificaciones de viviendas. Los restos volvieron a surgir a la luz cuando Mussolini mandó derribar el barrio medieval para construir la actual Vía dei Fori Imperiali que sirvió a los fascistas para la escenificación de sus grandes desfiles.





El foro de César quedaba parcialmente integrado en el Foro Romano pero se distinguía perfectamente el Foro de Augusto construido en homenaje a la victoria en la batalla de Filipo, en la que murieron Bruto y Casio, asesinos de César. Contemplaba unas escalinatas que subían a una plaza antiguamente rodeada de columnas que sujetaban el techo del Templo dedicado a Marte Vengador.

Pero el Foro más impresionante era el de Trajano construido en el 113 d.c. A partir de los botines de guerra conseguidos en sus campañas contra los dacios (la actual Rumania) Trajano construyó el último y más imponente de todos los foros Imperiales. En este foro destacaba la Columna de Trajano. Me parecía imposible su integridad, de casi 40 metros de altura es el único monumento del foro que se ha conservado ileso hasta la actualidad. La columna se alza sobre un zócalo cuadrado donde reposaron las cenizas del emperador, perdidas en las invasiones bárbaras. Cuenta en su interior con una escalera de caracol que sube a la cúspide desde donde la vista en la antigüedad debía ser formidable con el complejo de formidables edificios y plazas a sus pies. La escultura de Trajano fue sustituida por la de San Pedro en 1588.





El friso, que sube en una espiral de 200m, también se conserva magníficamente y relata la victoria del Emperador en la campaña y conquista de la Dacia. La representación realista de las escenas y las figuras es realmente impresionante y la abundancia de detalles no sólo convierte a la columna en una impresionante obra maestra de escultura, sino que también posee un gran valor histórico y sirve para ilustrar las armas y las maneras de vestir clásicas.

Los edificios que se conservan mejor y permiten una mejor visualización de su función e ilustran una forma de vida en la antigüedad corresponden a los Mercados de Trajano. El primer gran centro comercial de la historia. Constituían un gran complejo de edificios impresionantes compuestos de mercados cubiertos y calles comerciales. Allí se trataba con todas las mercancías imaginables, desde verduras, frutas, cereales, especias, pescado, aceites o vino repartidas en más de 150 tiendas. Se distingue perfectamente la construcción de ladrillos en forma de hemiciclo en seis plantas con terrazas.

En la Vía Biberatica, es una calle que se ha conservado en buen estado, y que parece un escenario de película con la calzada, las aceras y los locales comerciales. Por encima se elevaban los pisos o insulae.







POR LOS BARRIOS DEL CAMPO DE MARTE DE LA ANTIGÜEDAD



El campo de Marte (una extensa llanura consagrada a Marte, el dios de la guerra) situado fuera del “pomerium” (los límites sagrados de la ciudad dentro de los cuales no estaba permitido llevar armas) en tiempos de la República sirvió de plaza de maniobras militares, lugar de acuartelamiento de legiones que llegaban a Roma y lugar de reuniones políticas. En la época imperial, cuando el pueblo ya no tenía decisión política, se produjo una transformación urbanística con teatros, anfiteatros o termas y edificios para veneración de los sucesivos emperadores. Después de su abandono durante gran parte de la Edad Media es a partir del s.XV, con el regreso de los papas desde Avignon, cuando se inicia una renovación urbanística. Se trazaron nuevas calles y plazas y se realizaron múltiples obras arquitectónicas nuevas.





El resplandeciente cielo se alzaba y el impecable sol me castigaba mientras paseaba por este laberinto de callejuelas, que olían a pizza, pasta y helados, de este barrio muy pintoresco que poseía un encanto deliciosamente provincial.

El Centro histórico de Roma era como un pueblo donde pasear sin rumbo fijo, por las calles más estrechas, por barrios que el sol ilumina solo a mediodía... entre fachadas, estupendamente remodeladas, de colores ocres, amarillos y rosas y sorprendido por la riqueza arquitectónica de este museo al aire libre.

Las plazas se comunicaban entre callejuelas sinuosas que conservan el nombre de los antiguos gremios de artesanos del barrio. Sus calles estaban llenas de talleres, cafés, Trattorias y tiendas de moda, incluidas la eclesiástica con los uniformes de las diferentes órdenes monásticas u jerarquías de la iglesia. En estos barrios estuvo el Ghetto y dos mil judíos fueron deportados a Alemania, muy pocos regresaron.





Las plazas desempeñan un importante papel en la vida romana, es donde se reúnen los habitantes de esta ciudad, las terrazas de los cafés se colman, se habla de mesa a mesa con ese dialecto tan sonoro como es el “romano”, se observa a los viandantes, se disfruta la felicidad del ambiente. Cada plaza tiene sus asiduos, un sutil código social que distribuye a los paseantes... a cada uno su plaza.

Plazas para dejarnos enamorar por el murmullo del sonido de los abundantes chorros de agua de sus fuentes color turquesa. La Piazza Navona, el Campo dei Fiori, la Piazza della Rotonda y otras decenas de pequeñas plazuelas sin nombre, pero siempre con alguna pequeña fuente de delicada agua donde refrescarse. Y es que la tradición de la antigua Roma del culto al agua continúa hoy en día con el agua de sus numerosas fuentes, incluso monumentales, que tienen un sabor a manantial de montaña.





Por sus calles aparecían recuerdos de la antigua Roma: El Panteón, la columna de Marco Aurelio homenajeando sus victorias en el Danubio (la película de Gladiator) y gatos tomando el sol sobre las ruinas del Área Sacra y lugar donde se encontraba antiguamente la célebre Curia de Pompeya. El lugar donde fue asesinado Julio Cesar.











LA PIAZZA NAVONA



La Piazza Navona conserva la forma del estadio que el emperador Domiciano mandó erigir. Así, las viviendas se alzan alrededor de la plaza sobre las gradas del antiguo edificio que ofrecía espacio para 30.000 espectadores. El nombre de la plaza aún muestra su antigua función, pues Navona deriva de “in agone”(en la arena).

Siendo una plaza mayor en medio de uno de los barrios más densamente poblados, y gracias a la construcción de varios palacios de la nobleza, esta plaza se convirtió en una de las zonas residenciales preferidas de la alta sociedad romana.





Para embellecer la plaza, a la que daba el palacio familiar de los Pamphili, el papa Inocencio X encargó a Bernini la fuente de los Cuatro Ríos. Coronadas por un obelisco, cada una de las estatuas que forman la base representa un río de las diferentes partes del mundo, el Danubio de Europa, el Nilo de África, el Ganges de Asia y el Río de la Plata en América. Otras dos fuentes adornan la plaza, la fuente del Moro y la fuente de Neptuno.

Entre 1477 y 1869 acogió un mercado donde se celebraban fiestas y justas. Hasta el s.XIX se celebraban allí espectáculos acuáticos en el calor de agosto para los que se inundaba la plaza hasta determinada altura. Las personas acaudaladas pasaban por el agua en sus carruajes mientras el pueblo llano chapoteaba en ella. Las fiestas populares sucedieron a los antiguos juegos y la Piazza Navona siguió siendo un lugar de encuentro hasta hoy en día donde, hasta bien entrada la noche, la gente se divierte con artistas y comerciantes callejeros y los romanos se dan cita con sus amigos en los numerosos cafés que la circundan.









PIAZZA CAMPO DEI FIORI



Al lado de la Piazza Navona se halla la Piazza Campo dei Fiori. Una de las más encantadoras, populares y provincianas de Roma, muy frecuentada sobre todo en los momentos de mercado. Las fachadas de las casas, algunas lucían viejas pátinas llenas de matices superpuestos siglo tras siglo, pero la mayoría aparecían remozadas en bonitos colores de tono pastel.

El nombre de la plaza “campo de las flores” viene de antiguo, cuando antes de su urbanización, allí se extendían prados llenos de flores. La Piazza Campo dei Fiori era una de las plazas más animadas de la Roma medieval, ya que se encontraba en el camino de peregrinaje a San Pedro, encontrándose numerosas hospederías en este lugar.





Pero también antiguamente era la triste sede de muchas ejecuciones capitales en tiempos de la inquisición. Una estatua de bronce del filósofo Giordano Bruno en el centro de la plaza nos recuerda que en esta plaza fue quemado vivo como un hereje en el mes de febrero de 1600.

Llegué a la plaza en la hora del mercado, está se encontraba saturada de puestos de quesos, embutidos, aves, pescados, frutas y flores. El ambiente se llenó de una cacofonía de ruido, voces y el olor de mercancías y de especias. De la plaza salían las calles de mayor bullicio comercial, en las que los turistas podían hallar diversas tiendas de souvenirs, artesanía local, pasta, vino y aceites.





PIAZZA DELLA ROTONDA Y PANTEÓN



Las callejuelas adoquinadas y tortuosas que se extendían alrededor del panteón tenían un encanto especial, rodeadas de edificios suntuosos y monumentos insólitos, de palacios, iglesias, plazuelas y mercados creando un barrio vivo y lleno de bullicio turístico. Este barullo de calles estrechas permitía adivinar que este barrio fue antiguamente un vecindario popular.

El punto central del barrio es la Piazza della Rotonda, situada delante del Panteón, que en la Edad Media se conocía sólo como “la cosa redonda” (Rotonda), en el centro se alza un fuente de mármol (1575) sobre la que el papa Clemente XI hizo instalar un obelisco del templo de Isis.





En la Piazza della Rotonda se alza uno de los edificios mejor conservados y más fascinantes de la antigua Roma, el Panteón. El templo estuvo probablemente consagrado a los dioses de los planetas, sobre todo a Marte y Venus, por eso la forma cargada de simbolismo de la cúpula que alude a la bóveda celestial con una abertura central para el Sol. Después de un incendio Adriano mando reconstruir un nuevo edificio que se ha conservado hasta la actualidad.

Este templo pagano se salvó de la destrucción porque el emperador bizantino Foca se lo regaló en el año 608 al papa Bonifacio III quien lo convirtió en la iglesia de Santa María de los Mártires.





Atravesando sus colosales columnas exteriores, en el interior reinaba una atmosfera extraña, incluso misteriosa. Después de la luminosidad externa los ojos debían adaptarse a la relativa oscuridad ya que la luz que penetraba por el orificio no llega a disipar la perpetua penumbra de la nave interior y un velo de opacidad envolvía el lugar.

Levante la cabeza, al igual que todos los presentes, para contemplar con la boca entreabierta ese orificio libre al cielo y la intemperie. Igualmente recorría con la mirada el techo con ese extraño artesonado de cuadrículas que llenaba toda la cúpula.

Se traba de la cúpula más grande que jamás se hubiera alzado y que sirvió de modelo para los artistas del renacimiento como Bramante o Miguel Ángel. El edificio alberga la tumba de Víctor Manuel II, primer rey de la Italia unificada y el sepulcro del pintor Rafael.



